



MARÍA VIEDMA GARCÍA

---

# TAXIL

NUNCA DIGAS LA VERDAD

ediciones  
del Genal

## PREFACIO

La vida –incluso entre cuatro paredes– puede ser fascinante siempre que no transcurra frente al televisor. Basta con tener los ojos abiertos, estar atentos y receptivos a los trenes que la existencia pone en circulación frente a nosotros. Un simple suceso doméstico podría hacernos viajar a mundos desconocidos sin salir de casa. Eso es precisamente lo que me sucedió el día que decidí meter la nariz en la afición principal de mi marido: la restauración de libros antiguos.

Cuando se trata de libros, Marcelo parece una dama de la caridad en busca de hospicianos. Recorre rastros y mercadillos persiguiendo ejemplares viejos a los que ofrecer una nueva vida, en ocasiones una vida de lujo en chagrén y letras de oro. Su taller de encuadernación, instalado en la planta alta de nuestro hogar, se ha convertido en un singular albergue para indigentes. Allí da cobijo a volúmenes desestimados que un día lejano fueron considerados valiosos y que hoy lucen deslomados, sucios y harapientos, sus tapas rotas y sus quebradizas hojas amarillas. Eso es lo que digo cuando quiero fastidiarlo, porque siendo justa con él, reconozco que su interés por la recuperación y re-encuadernación de libros vetustos y deteriorados ha hecho llegar a los anaqueles de nuestra biblioteca no solo títulos desconocidos para el lector actual, sino también primeras ediciones de obras célebres y hasta memorias y epistolarios de autores de todo pelaje y fama, de modo que su *ojo de urraca*, ha terminado por ennoblecer nuestra biblioteca con excelentes ejemplares, que sus manos de artista hermocean con piel gofrada, pasta española o valenciana.

“Perpetua, mira lo que tengo aquí, tal vez te interese”, me dijo una tarde de domingo, fría y lluviosa. En su amplio taller me ha habilitado junto a la prensa un rincón de lectura para que lo acompañe mientras encuaderna. Me levanté del sillón orejero y me acerqué hasta la mesa donde reposan los “libros mendigos” y me mostró orgulloso su última compra en el rastro de Fuengirola. Los libros de una autora, aparentemente inglesa, Diana Vaughan, de la que no tenía noticia a pesar de que soy profesora de Literatura en la Universidad, yacían decrépitos y olvidados del mundo en el interior de una caja de cartón polvoriento. Marcelo los extrajo con delicadeza (ser gerontólogo de profesión le confiere habilidad para manipular cosas viejas) y me los fue mostrando con mucho cuidado. Estaban realmente “andrajosos”, con algunas de sus partes desprendidas y los cuadernillos descosidos. Les leí el título donde pude. A los que conservaban la tapa, en ella y a los que no, en el lomo o en la portadilla: *Aventuras y desventuras de una joven de Nantes*, *El peso del aire*, *El pintor de cámara*, *La pluma de oro* y *El farsante de Trento*. Todos publicados en Southampton entre 1903 y 1909.

“Y esto no es lo mejor –añadió mientras introducía sus manos en el fondo de la caja– creo haber comprado, además, las memorias y los diarios manuscritos de la autora. ¿Qué opinas?”, preguntó con brillo pícaro en los ojos, sabedor de que despertaba mi entusiasmo. Abrí los cuadernos. Casi salivando posé la vista sobre la caligrafía de sus páginas, que calculé de golpe en más de trescientas. “¿Qué voy a opinar?, que ambos tenemos entretenimiento para mucho, ¡afortunadamente!”.

No me equivoqué. Marcelo dedicó meses a restaurarlos y yo otros tantos a estudiarlos. Leí primero aquellos cinco títulos, que debo decir me parecieron bastante buenos y llenos de guiños a la vida de su autora, según comprendí tras la lectura de las memorias manuscritas. De estas diré que

me resultaron apasionantes y que tardé mucho en empezar a leerlas con soltura porque me costó hacerme con la caligrafía. El trazo de bastantes consonantes estaba lleno de rizos y revoloteos anacrónicos y absurdos que entorpecían mi avance, pero en cuanto me hube familiarizado con la letra, me volví adicta a esas sorprendentes memorias, en las que Diana relataba su participación directa en acontecimientos de repercusión internacional de los que yo nunca había oído hablar. Omitiendo esos hechos asombrosos, que por otro lado quedaban fuera de los libros de Historia, me puse en contacto con una profesora de la Universidad de Southampton, Sally Whorton, a la que yo había invitado el año anterior a un seminario que dirigí sobre escritoras inglesas contemporáneas. Sin entrar en detalle, pero sí recordándole sutilmente las pequeñas vacaciones de las que había disfrutado gracias a mi invitación, le pedí que me proporcionase información sobre Diana Vaughan. No fue capaz de decirme gran cosa sobre ella o tal vez no quiso (la ayuda mutua entre colegas no es siempre una norma), aunque estoy segura de que su parca colaboración se debió a lo primero. Diana era una autora ignorada, una simple pieza más del conjunto de escritores y escritoras, sobre todo escritoras, condenados al olvido por la comunidad académica en favor de autores de calidad bastante inferior.

La frugal aportación de la doctora Worthon me permitió, sin embargo, averiguar que además de los títulos que yo conocía, existían otros cuatro que conformaban las obras completas de Diana Vaughan: *Poemas de una prófuga*, fechado en 1912; *cuentos para acompañar el té*, en 1913 y *El sueño bajo la encina*, una novela de publicación póstuma en 1936. En un lacónico correo electrónico, Worthon me indicó que no le era posible facilitármelos porque no había rastro de ellos en la red de bibliotecas públicas del Reino Unido, y sí solo un par de ejemplares de tres de los que yo ya había leído. Le di las gracias de manera efusiva y cuando

al año siguiente volví a tropezármela en un congreso, no le mencioné que poseía las memorias manuscritas de Diana Vaughan y menos aún lo que pensaba hacer con ellas. Diana era *mi* hallazgo –o mejor dicho, el de Marcelo– y no estaba dispuesta a compartirla con nadie más. ¿Por qué iba a hacerlo si la comunidad académica la había ignorado durante siglo y pico, y a mí Diana me interesaba más por su vida que por su hoy desdeñada obra? No iba a dejar escapar una oportunidad de ese calibre y darle la espalda a un personaje como Diana Vaughan... Diana, la insignificante autora de *cuentos para acompañar el té* me estaba conjurando desde las páginas quebradizas de sus memorias manuscritas y yo decidí responder a su llamada. ¿Para qué, si no, Marcelo las había traído a nuestra casa? No iba a ser solo para que él las vistiese en piel y yo les buscara un hueco, a modo de nicho, en nuestra biblioteca. No, no era para eso. Era para que yo le contase al mundo que pese a su olvido en el limbo de los escritores desdeñados, Diana Vaughan llegó a ser –precisamente debido a su pluma– un personaje mundialmente célebrimo en los últimos años del siglo XIX, y la protagonista de la mayor mistificación de todos los tiempos.

Perpetua Alba  
Málaga, 2016